

La vigencia del Concilio Vaticano II para hoy*

Introducción

Estamos llegando a 50 años del Concilio Vaticano II. Al comparar el contexto que la Iglesia ha vivido, con tanta intensidad, en el tiempo del Concilio, con la situación que vivimos hoy en día, surgen muchas preguntas, y nos enfrentamos con muchas perplejidades.

Para tomar el ejemplo que me parece el más emblemático, ¿quién diría que después de 50 años de iniciada la reforma litúrgica, con tanto entusiasmo y dedicación, iríamos a llegar a la situación que estamos hoy, con la propuesta de simplemente equiparar las dos formas de celebración de la Eucaristía, la renovada por el Concilio, o la anterior al Concilio? Reconociendo la complejidad de los problemas planteados en esta cuestión litúrgica, que deben ser reconocidos y respetados, el hecho no deja de suscitar serias preguntas sobre el Concilio Vaticano II, su recepción, su vigencia, sus consecuencias, su validez, su alcance.

El mayor interrogante que pesa hoy sobre el Concilio Vaticano II es si ya agotó su vigencia, si ya pasó su tiempo, si ya entró en el "archivo muerto" de la historia! O si se mantiene como un evento que sigue impulsando la realidad, suscitando acontecimientos, fundamentando iniciativas, llevando adelante un proceso que aún no se ha agotado!

En cualquier caso, parece claro que la celebración de su aniversario de oro puede ser la gran oportunidad de hacernos conscientes de la magnitud de este Concilio, su gran consistencia y de su validez que aún sigue vigente. Una constatación me parece evidente: después de 50 años, el Vaticano II corre el riesgo del desconocimiento. La generación de obispos que participaron del Concilio ya ha desaparecido. Y hoy en día muchos ignoran completamente el ambiente suscitado por el Concilio, los grandes temas abordados, las reacciones suscitadas, las "ideas-fuerza" de este evento. Para mucha gente el Vaticano II es cosa del pasado.

En vista de esto, es necesario "revisitar el Concilio" para conocer mejor este gran acontecimiento eclesial de nuestro tiempo. Eso es lo que intenté hacer con el pequeño libro que lleva este título, publicado por Ediciones Paulinas.

Personalmente, me sentía con mi conciencia inquieta. Tuve la rara oportunidad de acompañar de cerca el desarrollo del Concilio, como estudiante de teología en Roma en los años de su realización. He vivido con gran intensidad este Concilio. Precisaba compartir un poco de las esperanzas que el Concilio generó con tanta generosidad en aquella época. De esta manera, fácilmente podemos estar de acuerdo con la observación hecha por Juan Pablo II, él mismo, en la "Novo Millennio Ineunte:" "Siento todavía más intensamente el deber de señalar al Concilio como la gran gracia que benefició a la Iglesia en el siglo XX: en él se encuentra una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza". De acuerdo con esta apreciación de J P II, vale la pena resaltar algunos aspectos centrales de este Concilio, como me permito aquí, en esta Jornada Teológica, diseñada para rescatar la memoria del Concilio Vaticano II.

1 - Contexto histórico del Concilio Para entender el Vaticano II, es importante situarlo en el contexto histórico en que aconteció. Se anunció a finales de los años 50, y se realizó en los años 60. Por razones históricas, podemos decir que estas dos décadas fueron los más optimistas de los últimos siglos.

Para evaluar adecuadamente este Concilio, es importante tener en cuenta este hecho. El Vaticano II se llevó a cabo en una época de intenso optimismo, especialmente en Europa Occidental, en plena reconstrucción de posguerra, en el impulso del desarrollo que contagiaba a todos, incluso la misma Iglesia que publicó la encíclica *Populorum Progressio* en 1967, afirmando que "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz!".

A su vez, el Concilio llegó a abrir nuevos horizontes para las esperanzas ya existentes. No se entendería un Concilio como éste, si hubiese sido realizado en el tiempo anterior a Pío XII, o después de la Revolución Cultural de 1968. Vamos a tratar, brevemente, de señalar algunas de las características del contexto político, cultural y eclesial de aquella época, todas marcadas por el optimismo.

Desde el punto de vista político, estábamos en plena recuperación económica de posguerra, con la reconstrucción de Europa y con un escenario mundial que contaba con la importante referencia de las Naciones Unidas, recién instituidas. Incluso aunque todavía existiese tensión política entre leste y oeste, ya se vislumbraba su distensión, que tuvo en el episodio de los misiles de Cuba en 1962, el evento más simbólico, con el surgimiento de personalidades que compusieron un escenario muy positivo, en la persona de Kennedy en los Estados Unidos, con Nikita Krushov en la Unión Soviética y de Juan XXIII en el Vaticano.

Desde el punto de vista eclesial, en 1958, año de la muerte de Pío XII, nada indicaba la necesidad o la conveniencia de un Concilio. La Iglesia estaba en orden, disciplinada y bajo control. Con Pío XII, la Iglesia había llegado al auge de la centralización administrativa, que se venía acentuando desde el comienzo del siglo XX.

Desde un punto de vista cultural, ahora se puede constatar, la sociedad estaba próxima al agotamiento de un modelo, en la víspera de la secularización, que estalló con el movimiento estudiantil de 1968.

Si el Concilio se hubiese realizado después de 1968, sin duda la "Gaudium et Spes" tendría otros capítulos, y todos los documentos del Concilio se verían afectados por los profundos cambios producidos por la secularización, que se extendió rápidamente en Europa occidental, en Estados Unidos, en Canadá y en Australia, pero que perdió ímpetu antes de llegar a América Latina. Hay un concepto equivocado de interpretación histórica, cuando se atribuye al Concilio las consecuencias que, en realidad, han sido provocadas por la secularización. Es muy superficial la acusación de que el Concilio fue el responsable de la disminución de la práctica religiosa, especialmente en algunos países europeos.

2 - La personalidad de Juan XXIII

Concilio en la historia de la iglesia dependió tanto de un Papa como el Vaticano II dependió de Juan XXIII. Por diversas razones, el Vaticano II puede ser identificado como el Concilio del Papa Juan XXIII.

El Vaticano II fue convocado por iniciativa exclusiva y personal de Juan XXIII. Su anuncio, el 25 de enero de 1959, se constituyó en una sorpresa aún mayor que la inesperada elección papal del Cardenal Angelo Giuseppe Roncalli.

Por la demora en concluir el cónclave, y por la edad del elegido, luego se difundió la idea de un "Papa de transición", que ocuparía el puesto hasta que apareciese alguien en condiciones de reemplazar al sabio Pío XII.

Tanto mayor fue la sorpresa del anuncio del concilio, en el cierre de la Semana de Oración por la unidad de los cristianos. La rápida difusión de este anuncio, y su entusiasta acogida, fue debido a algunas circunstancias, que ayudan a comprender el hecho, pero ahora, después de 50 años, ponen algunas preguntas.

Juan XXIII realizó un movimiento muy inteligente para eludir la posible resistencia de la Curia Romana, y las probables advertencias de los Cardenales. Le pidió al servicio de prensa de Radio Vaticana, que difundiera la noticia del anuncio de un Concilio. Pero como la ceremonia llevó más tiempo de lo previsto, la noticia se divulgó antes de que la ceremonia terminara. Así, tanto la Curia, como los Cardenales se encontraron frente a un hecho consumado, y que, además, pronto comenzó a contar con la favorable acogida y entusiasmo en todos los sectores, tanto dentro de la Iglesia, como en el contexto ecuménico, e incluso en el mundo entero.

Esta rápida aceptación de la idea de un concilio se debió, en primer lugar a la figura del Papa Juan XXIII, que para entonces ya se había identificado como el "Papa Bueno", o el "Papa de la bondad", por las actitudes de caridad que demostró en el inicio de su pontificado. Por lo tanto las resistencias a un concilio fueron evitadas fácilmente.

La pregunta ahora es otra. Esas resistencias, que se vieron neutralizadas por completo por el inmenso prestigio que el Papa Juan XXIII fue teniendo, ¿no será que fueron subestimadas?

De hecho, ellas se fueron rearticulando dentro del propio Concilio, que culminó con la organización del "Coetus Internationalis Patrum", que intentaba detener el avance modernizador de las propuestas conciliares. Pero sobre todo, esas fuerzas conservadoras fueron subestimadas después del concilio. Ellas fueron creciendo hasta tomar las características claras de un cisma, resultado de la resistencia sistemática a la propuesta de "aggiornamento" de la Iglesia, hecha por Juan XXIII.

Leídos los hechos a una distancia de 50 años, ciertamente la búsqueda de consensos y el cuidado de la unidad de la Iglesia, debieron haber merecido mucho más esfuerzo e insistencia. Cuando miramos el "concilio" de Jerusalén, nos damos cuenta de lo importante que fueron las medidas conciliadoras, las cuales finalmente fueron aceptadas, desde el respeto a las tradiciones religiosas, hasta las "carnes inmoladas a los ídolos."

Cuando se trata de la unidad de la Iglesia, tenemos que actuar con el debido cuidado. Después de que se realiza la ruptura, se vuelve mucho más difícil de reconciliar las posiciones opuestas.

3 - El alcance del Concilio

Una acusación fácil que se hace al Concilio Vaticano II, es que no tendría peso teológico, ya que su intención era meramente pastoral. Con esto, se intenta vaciar su importancia, reducir su influencia, y relativizar sus afirmaciones. Como el concilio se anunció en el contexto de la semana de oración por la unidad de los cristianos, de forma espontánea todo el mundo entendió que el Concilio abordaría la importante cuestión ecuménica, incluyendo el tema de las divisiones entre los cristianos. Sería un Concilio al servicio de la causa ecuménica. Esta versión se extendió tanto y con tanta fuerza, que el propio Juan XXIII se vio en la obligación de moderar las expectativas, advirtiendo que el Concilio era de iniciativa de la Iglesia Católica, se destinaba primeramente a la misma. Hasta porque no estaría bien que la Iglesia Católica convocase a otras iglesias, sin el previo consentimiento mutuo.

Pero, mirada ahora, después de 50 años, esta fuerte expectativa ecuménica, suscitada por el anuncio del concilio, revela un dato más profundo. Muestra cómo, desde el principio, la propuesta de un "concilio ecuménico" se tomó en serio y fue considerada como muy vasta y abarcadora. Porque incluya el tema denso y desafiante, de la naturaleza y misión de la Iglesia de Cristo. De hecho, en

las expectativas ecuménicas comenzaba a surgir el tema central del Concilio. Su tema central sería la propia iglesia.

De manera superficial, los que hoy pretenden disminuir la importancia del Concilio, dicen que fue convocado sin tener ningún tema o asunto, y que se limitó a las recomendaciones de orden pastoral, sin definiciones doctrinales de peso. Todo lo contrario! Él abordó, de manera delicada y llena de esperanza, la gran pregunta que se viene arrastrando durante siglos en la Iglesia. Por lo tanto, desde su anuncio, este Concilio se enfrentó con un tema muy denso teológicamente, y pastoralmente muy complejo.

Esto nos lleva a otra observación importante: por haber abordado un tema con siglos de duración, este concilio no se agota en décadas. Se requiere una recepción más demorada y progresiva. De ahí, la demanda por continuar el proceso que el concilio desencadenó. De ahí también el riesgo de ser anulado por resistencias inherentes a cristalizaciones históricas. Por esto, la sustentación de sus verdaderas intenciones es tan importante ahora, como fue el compromiso de realizarlo hace 50 años. La causa del Concilio aún está en pauta. De ahí la importancia de una celebración consistente de su jubileo, para rescatar su temática, para consolidar sus logros, y para impedir retrocesos. La aplicación del Concilio no se ha agotado, y ella depende de que el proceso conciliar se lleve adelante.

4 - La estrategia adoptada

Para entender este Concilio, debemos darnos cuenta de otra circunstancia importante. Él tenía que vencer las resistencias, venidas del peso de una larga tradición, sedimentada en la Iglesia, que debía ser respetada, para conseguir el apoyo de los obispos, y al mismo tiempo, debía ser superada para dar cabida a las propuestas de renovación eclesial en todos sus campos. Esto hizo que se firmase un procedimiento que consistía en concordar con las posiciones más tradicionales, dejando las puertas abiertas para los avances posteriores que eran señalados muy en genérico, por los textos que iban siendo aprobados. La estrategia era conseguir los grandes consensos, dejando la "puerta abierta" para seguir avanzando. Quien más tenía que cargar con esta tensión entre "lo nuevo y lo viejo" fue el documento Sacrosanctum Concilium sobre la liturgia. El número 36 del documento sirve como un ejemplo para ilustrar esta estrategia. Se establece que el idioma oficial de la liturgia sigue siendo el latín. Sin embargo, el documento va citando varias razones que abren el camino para el uso progresivo y conveniente de las lenguas vernáculas, cuando fuese conveniente para el pueblo.

Terminado el Concilio, en pocos años fueron aprobadas las normas que reconocen el conveniente uso de las lenguas vernáculas en todas las partes de la liturgia y otras celebraciones! Sin embargo, esta estrategia pagó su precio. No tomando decisiones, sino confiando en que las puertas se abrieran lentamente, resulta que muchas, por el contrario, se fueron cerrando. Y por lo tanto, este concilio puede ser caracterizado como un Concilio rico en las intenciones, pero tímido en las decisiones.

No se explicitaron las consecuencias derivadas de una Iglesia entendida como Pueblo de Dios, en el que todos están llamados a participar, de manera adecuada y orgánica. No señaló las consecuencias prácticas de la colegialidad episcopal, no identificó a los criterios para la reforma de la Curia Romana y para las nuevas relaciones entre la Santa Sede, las Iglesias locales, y así sucesivamente. La única decisión práctica sobre el ejercicio del ministerio ordenado, fue la restauración del diaconado permanente. Después de 50 años, este concilio tiene que ser rescatado a partir de sus grandes instituciones, que ahora necesitan de un fuerte respaldo eclesial para su ejecución. ¿Será posible retomar un amplio consenso en torno a las grandes intuiciones del Concilio?

5 - Las articulaciones en el Concilio

No se entiende el desarrollo de este Concilio, sin el trabajo eficiente de articulación, ejercido por algunas instituciones y algunas personas. En pequeña síntesis para presentar el libro "Revisitar el Concilio", menciono el intenso trabajo realizado especialmente por Dom Helder y Mons. Larraín, y Mons. Echegaray.

Es de destacar que la única articulación continental existente de los obispos era el CELAM, que había sido fundada en 1955 en Río de Janeiro. Y la CNBB, fundada en 1952, ya existía hacía diez años, y ya había asimilado bastante el método trabajado en conjunto, que introdujo en el Concilio la práctica de firmas colectiva en propuestas presentadas en el aula conciliar. Ahora, después de 50 años del Concilio, vale la pena preguntar:

¿existe un clima favorable para las articulaciones eclesiales, buscando la renovación de la Iglesia?

6 - La recepción del Concilio

Sabemos que la eficacia de los eventos eclesiales depende de la recepción que encuentran. Con respecto a este concilio, que asumió un tema tan rico y tan profundo como es el de la renovación de la Iglesia, después de 50 años surge con fuerza la pregunta: ¿Será que él tuvo la recepción que merecía su contenido? Por un lado, ya recordamos las resistencias, que se iniciaron durante las sesiones conciliares, y se acentuaron después, sobre todo provenientes de ambientes conservadores y resistentes a los cambios.

Es de notar que la Iglesia en América Latina fue la única que, de inmediato organizó una recepción continental al Concilio, con la Conferencia General de Medellín, en 1968. A nivel de Conferencias Episcopales, de nuevo, el énfasis debe ser dado a iniciativas muy fecundas de Conferencias Episcopales de los países de América Latina. La CNBB, por ejemplo, utilizó la última sesión conciliar, aún en Roma, para renovar su organización y elaborar un "Plan Nacional de Pastoral de Conjunto", aprobado en su asamblea de 1966, todo ello dirigido a la implementación de los cambios propuestos por el Concilio.

No es de extrañar que el Concilio haya encontrado resistencias localizadas. Por razones históricas, la Iglesia venía de un largo proceso de cristalización de sus prácticas pastorales, y de sus formulaciones doctrinales, principalmente debido al choque de la Contrarreforma, planteada por la Reforma Protestante, que se prolongó durante siglos, desde el Concilio de Trento.

Por lo tanto, las propuestas de renovación eclesial podían causar ciertas inseguridades, que fueron fáciles de superar donde la implementación del Concilio se hizo de manera progresiva y orgánica. Ciertamente, acontecieron inestabilidades, decurrentes de algunos equívocos, especialmente de orden pastoral, así como de orden vivencial. Estos se manifestaron sobre todo, en miles de casos de abandono del ministerio ordenado, y de abandono de la vida religiosa. Estas situaciones se mostraron más graves, no tanto por el hecho en sí, sino por las resistencias ofrecidas por parte de la jerarquía, en integrar eclesialmente las nuevas situaciones que surgían de estos episodios. Es de destacar el Sínodo Especial de 1985, dedicado a evaluar los veinte años de la aplicación del Concilio. Este sínodo, sin duda, produjo un cambio fuerte en la recepción del Concilio, al relativizar la visión de la Iglesia como "Pueblo de Dios", y reemplazarla con otro énfasis, con el argumento de que la consistencia mayor de la enseñanza del Concilio está en el primer capítulo de la Lumen Gentium, que trata del "Misterio de la Iglesia". Perdió fuerza la visión de "Iglesia Pueblo", y volvió a ganar fuerza la visión de "Iglesia Institución."

En resumen, se podría decir que después de 50 años, aún no se concluyó una adecuada recepción del Concilio, tan complejo en sus propuestas como en su desarrollo.

7 - Las grandes intuiciones del Vaticano II

Fue en el final de la primera sesión conciliar, en 1962, que surgió con fuerza la constatación de que este Concilio se enfrentaba con el vasto tema de la **Iglesia, de su identidad, de su organización y de su misión.**

De hecho, él puede ser claramente identificado como un Concilio eclesiológico. Como los primeros grandes concilios fueron cristológicos, dedicados a formular adecuadamente el Misterio de Cristo, este Concilio se dedicó a describir la identidad de la Iglesia y su misión en el mundo. Sus declaraciones más consistentes, desde el punto de vista teológico y pastoral se pueden identificar en **tres afirmaciones principales:**

La Iglesia como Pueblo de Dios, recuperando la dimensión bíblica e histórica de la Iglesia de Cristo. La colegialidad episcopal, reconociendo el carácter apostólico del episcopado, presidido por el Obispo de Roma, co-responsable de la vida de toda la Iglesia, poniendo los cimientos de la unidad y la descentralización administrativa de la Iglesia.

La Iglesia como servidora de la humanidad, allanando el camino para el anuncio del mensaje evangélico, destinada a todas las naciones.

De estos tres puntos centrales se disparan los grandes desarrollos teológicos pastorales de este Concilio: la importancia de las iglesias locales como encarnaciones de la verdadera Iglesia Universal, el valor de las Conferencias Episcopales como una encarnación práctica de la colegialidad episcopal, la valorización de las comunidades eclesiales, como ambiente propicio de la vivencia del Evangelio encarnado en las realidades cotidianas, la presencia de servicio en la sociedad, en el respeto mutuo por la autonomía de las realidades temporales, sin perjuicio de la misión de la Iglesia de dar testimonio del Evangelio.

Al final, la *Lumen Gentium*, en sintonía con los otros quince documentos del Concilio, estableció las bases firmes para la construcción de la verdadera Iglesia de Cristo. Como a los Corintios, San Pablo nos advierte: el fundamento es éste! Ahora cada uno vea como construye!

8 - La vigencia del Vaticano II

Por la amplitud y profundidad de los temas tratados, este Concilio, ciertamente todavía no agotó su vigencia. En este sentido vale la pena recordar, de nuevo las palabras de Juan Pablo II en "Novo Millennio Ineunte": "Siento todavía con más intensidad el deber de señalar al Concilio como la gran gracia que benefició a la Iglesia en el siglo XX: es una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza."

Por esto, veo como necesario volver al Concilio, para darse cuenta de la densidad de sus propuestas. Es necesario "revisar el Concilio", para conocerlo mejor, y ponerlo en práctica. Mas que proponer un nuevo Concilio, que siempre puede suceder en la Iglesia, parece que la actitud más positiva es la recuperación de la "conciliaridad" de la Iglesia. Que se respete y fortalezca el clima de diálogo teológico y pastoral, que se valoricen los instrumentos de participación orgánicos en la Iglesia, que se potencialice mejor las prácticas de los "sínodos", que se recupere el clima de esperanza en nuestras comunidades.

9 - Conclusión: un nuevo Concilio?

Para concluir, permítanme recordarles una "modesta" sugerencia, presentada por el Cardenal Martini, en el Sínodo Continental de Europa en la década de los 90.

Dijo que sería bueno invitar a todos los obispos del mundo para hacer frente a tres cuestiones:

- 1) Al interior de la Iglesia, que se renueve el ejercicio de los ministerios, desde el ministerio petrino hasta los ministerios comunitarios confiados a los laicos. Por lo tanto, un cambio radical en la estructura ministerial de la Iglesia.

- 2) En la relación con otros cristianos, que se establezcan las bases de un amplio entendimiento teológico, que permita la aproximación progresiva y, finalmente, la superación de las divisiones existentes.

- 3) Y frente al mundo de hoy, emprender una amplia reflexión sobre la urgente necesidad de la inculturación del Evangelio, para que la Iglesia de Cristo pueda asumir las características de las diferentes culturas en el mundo, y no se limite a una de ellas, ahogando la fuerza del Evangelio, y evitando que pueda ser recibido por todas las personas.

El Concilio Vaticano II realizado hace 50 años, **aún continúa de hecho, inspirándonos y animándonos a retomar sus objetivos y su dinámica.**

**Discurso de Dom Demetrio Valentín en las Jornadas Teológicas Andinas en Bogotá organizadas por Amerindia con el tema: 50 años concilio Vaticano II – esperanzas , interrogantes, desafíos. Octubre 2011*